



Ririro

LEE DONDE QUIERAS, CUANDO QUIERAS

Rikki-Tikki-Tavi

Rudyard Kipling

En el agujero por donde entró
Ojo Rojo llamó a Piel Arrugada.
Escucha lo que dice el pequeño Ojo Rojo:
"¡Nag, sube y baila con la muerte!" Ojo a ojo y cabeza a cabeza,
(Mantén la medida, Nag),
Esto terminará cuando uno esté muerto;
(A tu gusto, Nag).
Turno por turno y giro por giro.
(Corre y escóndete, Nag).
¡Ja! ¡La Muerte encapuchada ha fallado!
(¡Ay de ti, Nag!)

Esta es la historia de la gran guerra que Rikki-tikki-tavi peleó solo, a través de los baños del gran bungalow del acantonamiento de Segowlee. Darzee, el pájaro sastre, lo ayudó, y Chuchundra, la rata almizclera, que nunca sale al centro del piso, sino que siempre se arrastra junto a la pared, le dio consejos; pero Rikki-tikki libró la verdadera batalla.

Era una mangosta, parecida a un pequeño gato por su pelaje y su cola, pero bastante parecida a una comadreja por su cabeza y sus hábitos. Sus ojos y el extremo de su inquieta nariz eran de color rosa; podía rascarse donde quisiera, con cualquier pata, delantera o trasera, que quisiera usar; podía esponjar su cola hasta que pareciera un cepillo de botellas, y su grito de guerra, mientras correteaba por la larga hierba, era "¡Rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!"

Un día, una gran crecida de verano lo sacó de la madriguera donde vivía con su padre y su madre, y lo arrastró pataleando y cacareando hasta una zanja al borde de la carretera. Encontró una brizna de hierba flotando y se aferró a ella hasta perder el sentido. Cuando revivió, estaba tumbado al sol en medio de un sendero del jardín, muy estropeado, y un niño pequeño decía:

—Aquí hay una mangosta muerta. Hagamos un funeral.

—No —dijo su madre—, llevémoslo y sequémoslo. Tal vez no esté muerto.

Lo llevaron a la casa, y un hombre grande lo cogió entre los dedos y dijo que no estaba muerto, sino medio ahogado; así que lo envolvieron en algodón y lo calentaron, y él abrió los ojos y estornudó.

—Ahora —dijo el hombre (era un hombre inglés que acababa de mudarse al bungalow)—, no lo asustes, y ya veremos lo que hace.

Es lo más difícil del mundo asustar a una mangosta, porque la curiosidad se la come de la nariz a la cola. El lema de toda la familia de las mangostas es: "Corre y averígualo"; y Rikki-tikki era una verdadera mangosta. Miró la lana de algodón, decidió que no era buena para comer, corrió alrededor de la mesa, se sentó y ordenó su pelaje, se rascó y saltó sobre el hombro del niño.



—No te asustes, Teddy —dijo su padre—. Esa es su manera de hacer amigos.

—¡Ay! Me hace cosquillas debajo de la barbilla —dijo Teddy.

Rikki-tikki miró entre el cuello y la nuca del niño, le sobó la oreja y bajó al suelo, donde se sentó frotándose la nariz.

—¡Válgame Dios! —dijo la madre de Teddy—, ¡y eso que es una criatura salvaje! Supongo que es tan manso porque hemos sido amables con él.

—Todas las mangostas son así —dijo su esposo—. Si Teddy no la levanta de la cola o intenta ponerla en una jaula, correrá dentro y fuera de la casa todo el día. Démosle algo para comer.

Le dieron un trocito de carne cruda. A Rikki-tikki le gustó mucho, y cuando terminó salió al porche, se sentó al sol y se sacudió el pelo para que se le secara hasta la raíz. Entonces se sintió mejor.

—Hay más cosas para averiguar en esta casa —se dijo—, que las que toda mi familia podría averiguar en toda su vida. Sin duda me quedaré y lo averiguaré.

Pasó todo aquel día deambulando por la casa. Estuvo a punto de ahogarse en las bañeras, metió la nariz en la tinta de una mesa de escribir y se quemó con la punta del puro del hombre, porque se subió al regazo de éste para ver cómo se escribía. Al anochecer corría a la habitación de Teddy para ver cómo se encendían las lámparas de querosén, y cuando Teddy se iba a la cama, Rikki-tikki se subía también; pero era un compañero inquieto, porque tenía que levantarse y atender a cada ruido durante toda la noche, y averiguar qué lo producía. La madre y el padre de Teddy entraron a última hora para ver a su hijo, y Rikki-tikki estaba despierto sobre la almohada.

—No me gusta eso —dijo la madre de Teddy—, podría morder al niño.

—No haría tal cosa —dijo el padre—. Teddy está más seguro con esa pequeña

bestia que si tuviera un sabueso que lo vigilara. Si ahora entrara una serpiente en la guardería...

Pero la madre de Teddy no quería pensar en algo tan horrible.

Temprano por la mañana, Rikki-tikki vino a desayunar a la galería montado en el hombro de Teddy, y le dieron plátano y huevo cocido; y se sentó en el regazo de todos ellos, uno tras otro, porque toda mangosta bien educada espera ser siempre una mangosta doméstica algún día y tener habitaciones por las que corretear, y la madre de Rikki-tikki (que solía vivir en la casa del General en Segowlee) le había dicho cuidadosamente a Rikki qué hacer si alguna vez se encontraba con hombres.

Entonces Rikki-tikki salió al jardín para ver lo que había. Era un gran jardín, cultivado sólo a medias, con arbustos tan grandes como casas de verano de rosas, tilos y naranjos, matas de bambúes y matorrales de hierba alta. Rikki-tikki se relamió.

—Este es un espléndido coto de caza —dijo, y su cola se puso como una botella al pensar en ello, y correteó arriba y abajo por el jardín, olfateando aquí y allá hasta que oyó voces muy afligidas en un arbusto espinoso.

Eran Darzee, el pájaro sastre, y su esposa. Habían hecho un hermoso nido juntando dos grandes hojas y cosiéndolas por los bordes con fibras, y habían rellenado el hueco con algodón y pelusa. El nido se balanceaba de un lado a otro, mientras ellos se sentaban en el borde y lloraban.

—¿Qué pasa? —preguntó Rikki-tikki.

—Nos sentimos muy mal —dijo Darzee—. Uno de nuestros bebés se cayó ayer del nido y Nag se lo comió.

—¡Mmmh! —dijo Rikki-tikki—, eso es muy triste; pero yo soy un extraño aquí. ¿Quién es Nag?

Darzee y su esposa se acurrucaron en el nido sin responder, porque de la espesa hierba al pie del arbusto llegó un silbido grave, un horrible sonido frío que hizo retroceder a Rikki-tikki dos metros. Entonces, centímetro a centímetro, de la hierba surgió la cabeza y el capuchón de Nag, la gran cobra negra, que medía metro y medio desde la lengua hasta la cola. Cuando hubo despegado un tercio de su cuerpo del suelo, se balanceó de un lado a otro exactamente igual que un diente de león al viento, y miró a Rikki-tikki con los malvados ojos de serpiente que nunca cambian de expresión, piense lo que piense la serpiente.



—¿Quién es Nag? —dijo—. YO soy Nag. El gran dios Brahm puso su marca en todo nuestro pueblo cuando la primera cobra extendió su capucha para alejar el sol de Brahm mientras dormía. ¡Mira y teme!

Extendió la capucha más que nunca, y Rikki-tikki vio en su parte posterior la marca de gafas que se parece exactamente a la parte del ojo de un cierre de gancho y presilla. Se asustó por un momento, pero es imposible que una mangosta permanezca asustada durante mucho tiempo, y aunque Rikki-tikki nunca había visto una cobra viva, su madre lo había alimentado con cobras muertas, y sabía que la única ocupación en la vida de una mangosta adulta era luchar y comer serpientes. Nag también lo sabía, y en el fondo de su frío corazón, tenía miedo.



—Bueno —dijo Rikki-tikki, y su cola empezó a esponjarse de nuevo—, con marcas o sin ellas, ¿crees que está bien que te comas a los polluelos de un nido?

Nag pensaba para sus adentros y observaba el menor movimiento en la hierba detrás de Rikki-tikki. Sabía que la presencia de mangostas en el jardín significaba la muerte, tarde o temprano, para él y su familia, pero quería que Rikki-tikki bajara la guardia. Así que bajó un poco la cabeza y la puso de lado.

—Hablemos —dijo—. Tú comes huevos, ¿por qué no voy a comer pájaros?

—¡Detrás de ti! ¡Mira detrás de ti! —cantó Darzee.

Rikki-tikki sabía que no debía perder el tiempo mirando. Saltó en el aire tan alto como pudo, y justo debajo de él pasó silbando la cabeza de Nagaina, la malvada esposa de Nag. Se había acercado sigilosamente por detrás mientras él hablaba, para acabar con él, y oyó su salvaje silbido cuando el golpe falló. Bajó casi por su espalda, y si hubiera sido una vieja mangosta habría sabido que entonces era el momento de romperle la espalda de un mordisco; pero temía el terrible golpe de vuelta de la cobra. Mordió, en efecto, pero no lo suficiente, y saltó lejos de la cola batiente, dejando a Nagaina herida y furiosa.

—¡Malvado, malvado Darzee! —dijo Nag, azotando tan alto como podía hacia el nido en el espino; pero Darzee lo había construido fuera del alcance de las serpientes, y sólo se balanceaba de un lado a otro. Rikki-tikki sintió que los ojos se le ponían rojos y calientes (cuando a una mangosta se le ponen rojos los ojos es que está enfadada), y se sentó sobre la cola y las patas traseras como un pequeño canguro, mirando a su alrededor y parloteando de rabia. Pero Nag y Nagaina habían desaparecido entre la hierba. Cuando una serpiente falla en su

golpe, nunca dice nada ni da señales de lo que piensa hacer a continuación. A Rikki-tikki no le importó seguirlas, porque no estaba seguro de poder manejar a dos serpientes a la vez. Así que trotó hasta el camino de grava cercano a la casa y se sentó a pensar. Era un asunto serio para él.

Si lees los viejos libros de historia natural, verás que dicen que cuando la mangosta lucha con la serpiente y resulta mordida, huye y come alguna hierba que la cura. Eso no es cierto. La victoria es sólo cuestión de rapidez de ojo y rapidez de pie, el golpe de la serpiente contra el salto de la mangosta, y como ningún ojo puede seguir el movimiento de la cabeza de una serpiente cuando golpea, eso hace las cosas mucho más maravillosas que cualquier hierba mágica. Rikki-tikki sabía que era una mangosta joven, y le alegró aún más pensar que había logrado escapar de un golpe por la espalda. Eso le dio confianza en sí mismo, y cuando Teddy bajó corriendo por el sendero, Rikki-tikki estaba listo para ser acariciado.

Pero justo cuando Teddy se agachaba, algo se estremeció un poco en el polvo, y una vocecita dijo:

—Ten cuidado, isoy la muerte! —era Karait, la polvorienta serpiente marrón que yace en la tierra polvorienta; y su mordedura es tan peligrosa como la de la cobra. Pero es tan pequeña que nadie piensa en ella, y por eso hace más daño a la gente.

Los ojos de Rikki-tikki enrojecieron de nuevo y se acercó bailando a Karait con el peculiar movimiento de balanceo que había heredado de su familia. Parece muy gracioso, pero es un modo de andar tan perfectamente equilibrado que puedes volar desde él en cualquier ángulo que te plazca; y en el trato con las serpientes esto es una ventaja. Si Rikki-tikki lo hubiera sabido, estaría haciendo algo mucho más peligroso que luchar contra Nag, ya que Karait es tan pequeño y puede girar tan rápidamente que, a menos que Rikki la mordiera cerca de la nuca, recibiría el golpe de vuelta en el ojo o en el labio. Pero Rikki no lo sabía: tenía los ojos enrojecidos y se balanceaba de un lado a otro, buscando un buen sitio donde agarrarse. Karait golpeó. Rikki saltó hacia un lado e intentó correr hacia él, pero la malvada cabecita gris y polvorienta azotó a una fracción de su hombro, y tuvo que saltar por encima del cuerpo, y la cabeza le siguió de cerca los talones.

Teddy gritó a la casa:

—¡Oh, mira aquí! Nuestra mangosta está matando una serpiente —y Rikki-tikki oyó un grito de la madre de Teddy. Su padre salió corriendo con un palo, pero cuando llegó, Karait ya se había lanzado demasiado lejos, y Rikki-tikki saltó sobre el lomo de la serpiente, dejó caer su cabeza entre sus patas delanteras, la mordió lo más alto que pudo y salió rodando. Aquel mordisco paralizó a Karait, y Rikki-tikki iba a comérselo por la cola, según la costumbre de su familia en las cenas, cuando recordó que una comida completa hace lenta a una mangosta, y que, si quería tener a punto toda su fuerza y rapidez, debía mantenerse delgado.



Se fue a darse un baño de polvo bajo los arbustos de ricino, mientras el padre de Teddy golpeaba al Karait muerto.

—¿Qué sentido tiene? —pensó Rikki-Tikki—. Ya lo he arreglado todo—y entonces la madre de Teddy lo levantó del polvo y lo abrazó, llorando porque había salvado a Teddy de la muerte, y el padre de Teddy dijo que era un protector, y Teddy lo miró con grandes ojos asustados. A Rikky-tikki le hacía bastante gracia aquel alboroto que, por supuesto, no entendía. La madre de Teddy podría haber castigado a Teddy por jugar en el polvo. Rikki se divertía mucho.

Aquella noche, durante la cena, paseando entre las copas de vino de la mesa, podría haberse atiborrado tres veces de cosas bonitas; pero se acordó de Nag y de Nagaina, y aunque era muy agradable que la madre de Teddy le diera palmaditas y lo acariciara y sentarse en el hombro de Teddy, de vez en cuando se le ponían los ojos rojos y lanzaba su largo grito de guerra de "¡Rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!". Teddy se lo llevó a la cama e insistió en que Rikki-tikki durmiera bajo su barbilla. Rikki-tikki estaba demasiado bien educado para morder o arañar, pero en cuanto Teddy se durmió se fue a dar su paseo nocturno por la casa y, en la oscuridad, se encontró con Chuchundra, la rata almizclera, que se arrastraba junto a la pared. Chuchundra es una pequeña bestia con el corazón roto. Se pasa toda la noche lloriqueando y chillando, intentando decidirse a correr hacia el centro de la habitación, pero nunca lo consigue.

—No me mates —dijo Chuchundra casi llorando—. Rikki-tikki, no me mates.

—¿Crees que un asesino de serpientes mata ratas almizcleras? —dijo Rikki-tikki con desprecio.

—A los que matan serpientes los matan las serpientes —dijo Chuchundra, más apenado que nunca—. ¿Y cómo voy a estar seguro de que Nag no me confundirá contigo alguna noche oscura?

—No hay el menor peligro —dijo Rikki-tikki—, pero Nag está en el jardín, y sé que tú no vas allí.

—Mi primo Chua, la rata, me dijo... —dijo Chuchundra, y entonces se detuvo.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Sh! Nag está en todas partes, Rikki-tikki. Deberías haber hablado con Chua en el jardín.

—No lo hice, así que debes decírmelo. ¡Rápido, Chuchundra, o te morderé!

Chuchundra se sentó y lloró hasta que las lágrimas rodaron por sus bigotes.

—Soy muy pobre —sollozó—. Nunca tuve el espíritu suficiente para salir corriendo al centro de la habitación. ¡Sh! No debo decirte nada. ¿No oyes, Rikki-Tikki?

Rikki-tikki escuchó. La casa estaba tan quieta como inmóvil, pero le pareció percibir el más leve arañazo del mundo, un ruido tan tenue como el de una avispa caminando sobre el cristal de una ventana, el seco arañazo de las escamas de una serpiente sobre la mampostería.

—Ese es Nag o Nagaina —se dijo—, y se está arrastrando hasta la rejilla del baño. Tienes razón, Chuchundra; debería haber hablado con Chua.

Fue al cuarto de baño de Teddy, pero allí no había nada, y luego al cuarto de baño de la madre de Teddy. En la parte inferior de la pared lisa de yeso había un ladrillo arrancado para hacer una rejilla para el agua de la bañera, y mientras Rikki-tikki entraba a hurtadillas por el borde donde se pone la bañera, oyó que Nag y Nagaina cuchicheaban juntas fuera, a la luz de la luna.

—Cuando la casa esté vacía de gente —dijo Nagaina a su esposo—, tendrá que marcharse, y entonces el jardín volverá a ser nuestro. Entra sin hacer ruido, y recuerda que el gran hombre que mató a Karait es el primero que hay que morder. Luego sal y dímelo, y cazaremos juntos a Rikki-tikki.

—Pero ¿estás seguro de que se gana algo matando a la gente? —dijo Nag.

—Completamente. Cuando no había gente en el bungaló, ¿teníamos alguna mangosta en el jardín? Mientras el bungaló esté vacío, somos el rey y la reina del jardín; y recuerda que en cuanto eclosionen nuestros huevos en el melonar (puede que ocurra mañana), nuestros hijos necesitarán espacio y tranquilidad.

—No había pensado en eso —dijo Nag—. Iré, pero no hace falta que después

vayamos a buscar a Rikki-tikki. Mataré al grandote y a su mujer, y al niño si puedo, y me iré sin hacer ruido. Entonces el bungaló quedará vacío, y Rikki-tikki se irá.

Rikki-tikki sintió un hormigueo de rabia y odio ante esto, y entonces la cabeza de Nag atravesó la rejilla, y su frío cuerpo de metro y medio la siguió. Furioso como estaba, Rikki-tikki se asustó mucho al ver el tamaño de la gran cobra. Nag se enroscó, levantó la cabeza y miró hacia el cuarto de baño en la oscuridad, y Rikki pudo ver cómo le brillaban los ojos.

—Ahora, si lo mato aquí, Nagaina lo sabrá; y si lucho contra él en campo abierto, las probabilidades están a su favor. ¿Qué debo hacer? —dijo Rikki-tikki-tavi.

Nag se agitó de un lado a otro, y luego Rikki-tikki lo oyó beber del tarro de agua más grande que se utilizaba para llenar la bañera.

—Eso está bien —dijo la serpiente—. Cuando mataron a Karait, el gran hombre tenía un palo. Puede que todavía lo tenga, pero cuando venga a bañarse por la mañana no lo tendrá. Esperaré aquí hasta que venga. Nagaina, ¿me oyes? Esperaré aquí hasta que amanezca.

No hubo respuesta del exterior, por lo que Rikki-tikki supo que Nagaina se había marchado. Nag se enrolló, vuelta a vuelta, alrededor del bulto del fondo de la tinaja, y Rikki-tikki permaneció inmóvil como la muerte. Al cabo de una hora empezó a moverse, músculo a músculo, hacia la tinaja. Nag estaba dormido, y Rikki-tikki miró su enorme espalda, preguntándose cuál sería el mejor lugar para un buen agarre.

—Si no le rompo la espalda al primer salto —dijo Rikki—, aún podrá luchar; y si pelea... ¡oh, Rikki!

Miró el grosor del cuello por debajo de la capucha, pero eso era demasiado para él; y un mordisco cerca de la cola sólo haría que Nag se volviera salvaje.

—Debe ser la cabeza —dijo finalmente—; la cabeza por encima de la capucha; y, una vez allí, no debo soltarla.

Entonces saltó. La cabeza yacía un poco alejada de la vasija de agua, bajo la curva de ésta; y, cuando sus dientes se encontraron, Rikki apoyó la espalda contra el bulto de la loza roja para sujetar la cabeza. Esto le dio un segundo de ventaja, que aprovechó al máximo. Luego fue zarandeado de un lado a otro como una rata es zarandeada por un perro, de un lado a otro por el suelo, de arriba abajo y dando vueltas en círculos; pero tenía los ojos enrojecidos y aguantó mientras el cuerpo daba volteretas por el suelo, volcando el recipiente de hojalata, la jabonera y el cepillo de carne, y golpeaba contra el lateral de hojalata de la bañera. Mientras aguantaba, cerraba las mandíbulas cada vez con más fuerza, pues estaba seguro de que lo matarían a golpes y, por el honor de

su familia, prefería que lo encontraran con los dientes apretados. Estaba mareado, dolorido y se sentía sacudido en pedazos cuando algo estalló como un trueno justo detrás de él; un viento caliente lo dejó sin sentido y fuego rojo chamuscó su pelaje. El gran hombre se había despertado por el ruido y había disparado los dos cañones de una escopeta contra Nag, justo detrás de la capucha.

Rikki-tikki se aferró con los ojos cerrados, porque ahora estaba seguro de que estaba muerto; pero la cabeza no se movió, y el hombre grande lo levantó y dijo:

—Es la mangosta otra vez, Alice; el pequeño nos ha salvado la vida —entonces entró la madre de Teddy con la cara muy pálida y vio lo que quedaba de Nag, y Rikki-tikki se arrastró hasta la habitación de Teddy y pasó la mitad de la noche sacudiéndose tiernamente para averiguar si realmente estaba roto en cuarenta pedazos.



Cuando llegó la mañana estaba muy tieso, pero satisfecho de lo que había hecho.

—Ahora tengo que arreglar cuentas con Nagaina, que será peor que cinco Nags, y no se sabe cuándo eclosionarán los huevos de los que hablaba. ¡Madre mía! Debo ir a ver a Darzee —dijo.

Sin esperar a desayunar, Rikki-tikki corrió hacia el espino donde Darzee cantaba a voz en cuello una canción de triunfo. La noticia de la muerte de Nag se había extendido por todo el jardín, pues el barrendero había tirado el cadáver a la basura.

—¡Oh, estúpido mechón de plumas! —dijo Rikki-tikki enojado—. ¿Es este momento de cantar?

—Nag está muerto. ¡Está muerto, está muerto! —cantó Darzee—. El valiente Rikki-tikki lo agarró por la cabeza y lo sujetó. El gran hombre trajo la vara y Nag cayó en dos pedazos. Nunca volverá a comerse a mis bebés.

—Todo eso es muy cierto; pero, ¿dónde está Nagaina? —dijo Rikki-tikki, mirando atentamente a su alrededor.

—Nagaina se acercó a la rejilla del baño y llamó a Nag —continuó Darzee—; y Nag salió en la punta de un palo; el barrendero lo recogió con la punta de un palo y lo arrojó al montón de basura. ¡Cantemos algo sobre el gran Rikki-tikki de ojos rojos! —y Darzee se llenó la garganta y cantó.

—Si pudiera subir a tu nido, haría rodar a todas tus crías —dijo Rikki-tikki—. No sabes cuándo hacer lo correcto en el momento adecuado. Tú estás a salvo en tu nido, pero yo estoy en guerra aquí abajo. Deja de cantar un minuto, Darzee.

—Por el gran, el bello Rikki-tikki, me detendré —dijo Darzee—. ¿Qué pasa, asesino del terrible Nag?

—Por tercera vez, ¿dónde está Nagaina?

—En el montón de basura junto a los establos, llorando a Nag. Grande es Rikki-tikki con los dientes blancos.

—¡Malditos sean mis dientes blancos! ¿Has oído dónde guarda sus huevos?

—En el melonar, en el extremo más cercano al muro, donde el sol da casi todo el día. Los tenía allí hace semanas.

—¿Y nunca pensaste que valía la pena decírmelo? ¿Dijiste el extremo más cercano al muro?

—Rikki-tikki, ¿no te comerás sus huevos?

—No exactamente comerlos; no. Darzee, si tienes un poco de sentido común, ¿te irás volando a los establos y fingirás que se te ha roto un ala, y dejarás que Nagaina te persiga hasta este matorral? Tengo que llegar al melonar, y si fuera ahora, me vería.

Darzee era un cerebritito de pluma que nunca podía tener más de una idea a la vez en la cabeza; y sólo porque sabía que los hijos de Nagaina nacían en huevos como los suyos, no pensó al principio que fuera justo matarlos. Pero su mujer era un pájaro sensato, y sabía que los huevos de cobra significaban cobras jóvenes más adelante; así que se fue volando del nido, y dejó a Darzee para que mantuviera calientes a los bebés, y continuara con su canción sobre la muerte de Nag. Darzee era muy parecido a un hombre en algunos aspectos.

Revoloteó delante de Nagaina, junto al montón de basura, y gritó:

—¡Oh, se me ha roto el ala! El niño de la casa me ha tirado una piedra y me la ha roto —entonces aleteó con más desesperación que nunca.

Nagaina levantó la cabeza y siseó:

—Avisaste a Rikki-tikki cuando yo lo habría matado. En verdad, has elegido un mal lugar para estar cojo —y avanzó hacia la esposa de Darzee, deslizándose sobre el polvo.

—¡El niño la rompió con una piedra! —chilló la esposa de Darzee.

—¡Vaya! Quizá te sirva de consuelo cuando mueras saber que ajustaré cuentas con el niño. Mi esposo yace en el basurero esta mañana, pero antes de la noche

el niño de la casa yacerá muy quieto. ¿De qué sirve huir? Seguro te atraparé. ¡Tonta, mírame!

La mujer de Darzee sabía que no debía hacer eso, porque un pájaro que mira a los ojos de una serpiente se asusta tanto que no puede moverse. La mujer de Darzee siguió revoloteando, gorjeando apenada y sin despegarse del suelo, y Nagaina aceleró el paso.

Rikki-tikki los oyó subir por el sendero desde los establos y corrió hacia el final del melonar, cerca del muro. Allí, entre la cálida hojarasca que rodeaba los melones, muy astutamente escondidos, encontró veinticinco huevos, del tamaño de los huevos de un bantam, pero con la piel blanquecina en lugar de cáscara.

—No me he precipitado ni un solo día —dijo; pues podía ver a las crías de cobra enroscadas dentro de la piel y sabía que en cuanto salieran del cascarón podrían matar a un hombre o a una mangosta. Mordió la parte superior de los huevos tan rápido como pudo, con cuidado de no aplastar a las cobras jóvenes, y de vez en cuando daba la vuelta a la camada para ver si se le había escapado alguna. Al final sólo quedaban tres huevos, y Rikki-tikki empezó a reírse para sus adentros, cuando oyó gritar a la mujer de Darzee:

—Rikki-tikki, he llevado a Nagaina hacia la casa, y se ha metido en el porche y... ¡oh, ven rápido! ¡Quiere matar!

Rikki-tikki rompió dos huevos, cayó de espaldas por la cama de melones con el tercer huevo en la boca y se escabulló hacia el porche con todas sus fuerzas. Teddy, su madre y su padre estaban desayunando temprano, pero Rikki-tikki vio que no comían nada. Estaban sentados, inmóviles, con la cara blanca. Nagaina estaba enroscada en la estera junto a la silla de Teddy, a poca distancia de la pierna desnuda de Teddy, y se balanceaba cantando una canción de triunfo.

—Hijo del gran hombre que mató a Nag —siseó—, quédate quieto. No estoy lista aún. Espera un poco. Quédense quietos, los tres. Si se mueven, golpeo; y si no se mueven, golpeo. Oh, gente tonta, ¿quién mató a mi Nag?

Los ojos de Teddy estaban fijos en su padre, y todo lo que su padre pudo hacer fue susurrar:

—Quédate quieto, Teddy. No te muevas. Teddy, quédate quieto.

Entonces Rikki-tikki se acercó y gritó:

—¡Date la vuelta, Nagaina; date la vuelta y pelea!

—Todo a su tiempo —dijo ella, sin mover los ojos—. Pronto ajustaré cuentas contigo. Mira a tus amigos, Rikki-tikki. Están quietos y pálidos; tienen miedo. No se atreven a moverse, y si das un paso más, golpeo.

—Mira tus huevos —dijo Rikki-tikki—, en el melonar cerca del muro. Ve y mira, Nagaina.

La gran serpiente dio media vuelta y vio el huevo en el porche.

—¡Dámelo! —dijo.

Rikki-tikki puso sus patas, una a cada lado del huevo, y sus ojos se tiñeron de rojo sangre.

—¿Qué precio por un huevo de serpiente? ¿Por una cobra joven? ¿Por el último de la cría? Las hormigas se están comiendo a todos los demás junto al melonar.

Nagaina giró sobre sí misma, olvidándolo todo por el único huevo; y Rikki-tikki vio cómo el padre de Teddy alzaba una gran mano, cogía a Teddy por el hombro y lo arrastraba a través de la mesita con las tazas de té, a salvo y fuera del alcance de Nagaina.

—¡Engañada! ¡Engañada! ¡Engañada! ¡Rikk-tck-tck! —se rió Rikki-tikki—. El niño está a salvo, y fui yo, yo, yo quien tomó a Nag por la capucha anoche en el baño.

Entonces empezó a dar saltos, con los cuatro pies juntos y la cabeza pegada al suelo y continuó:

—¡Me tiró de un lado a otro, pero no pudo quitarme de encima! Estaba muerto antes que el gran hombre lo partiera en dos. Yo lo hice. ¡Rikki-tikki-tck-tck! Ven entonces, Nagaina. Ven y pelea conmigo. No serás viuda mucho tiempo.

Nagaina vio que había perdido su oportunidad de matar a Teddy, y el huevo yacía entre las patas de Rikki-tikki.

—Dame el huevo, Rikki-tikki. Dame el último de mis huevos; y me iré y no regresaré jamás —dijo, bajándose la capucha.

—Si, te irás y no volverás jamás; porque irás al basurero con Nag. ¡Pelea, viuda! El gran hombre ha ido por su pistola. ¡Pelea! —Rikki-tikki daba saltitos alrededor de Nagaina, manteniéndose justo fuera del alcance de su golpe, con sus pequeños ojos como carbones calientes. Nagaina se recompuso y se lanzó contra él. Rikki-tikki saltó hacia arriba y hacia atrás. Golpeó una y otra vez, y cada vez su cabeza se golpeaba contra la estera del porche y ella se recogía como un resorte de reloj. Entonces Rikki-tikki bailó en círculo para ponerse detrás de ella, y Nagaina giró para mantener su cabeza pegada a la suya, de modo que el crujido de su cola en la estera sonaba como hojas secas arrastradas por el viento.

Se había olvidado del huevo. Seguía en el porche y Nagaina se acercaba cada vez más a él, hasta que, por fin, mientras Rikki-tikki respiraba, lo cogió con la boca, se volvió hacia los escalones del porche y voló como una flecha camino

abajo, con Rikki-tikki detrás. Cuando la cobra corre por su vida, va como un latigazo en el cuello de un caballo.

Rikki-tikki sabía que tenía que atraparla, o todos los problemas empezarían de nuevo. Rikki-tikki se dirigió directamente hacia la hierba larga que había junto al espino y, mientras corría, oyó que Darzee seguía cantando su tonta canción triunfal. Pero la mujer de Darzee era más sabia. Salió volando de su nido cuando Nagaina se acercaba y batió las alas sobre la cabeza de Nagaina. Si Darzee la hubiera ayudado, podrían haberla volteado; pero Nagaina sólo se bajó la capucha y siguió adelante. Sin embargo, un instante de retraso hizo que Rikki-tikki se acercara a ella, y cuando se zambulló en la ratonera donde Nag y ella solían vivir, los dientes blancos de Rikki-tikki se clavaron en la cola de Nagaina, que se hundió con ella, y muy pocas mangostas, por muy sabias y viejas que sean, se preocupan de seguir a una cobra hasta su agujero. El agujero estaba oscuro y Rikki-tikki no sabía cuándo podría abrirse y dar a Nagaina espacio para girarse y atacarle. Se aferró salvajemente y extendió los pies para que actuaran como frenos en la oscura pendiente de la tierra caliente y húmeda.

Entonces la hierba de la boca del agujero dejó de agitarse, y Darzee dijo:

—¡Todo ha terminado con Rikki-tikki! Debemos cantar su canción de muerte. Porque seguramente Nagaina lo matará bajo tierra.

Y justo cuando llegaba a la parte más conmovedora, la hierba volvió a temblar y Rikki-tikki, cubierto de tierra, se arrastró pata a pata fuera del agujero, lamiéndose los bigotes. Darzee se detuvo con un gritito. Rikki-tikki se sacudió el polvo del pelaje y estornudó.

—Se acabó. La viuda no volverá a salir —dijo. Y las hormigas rojas que viven entre los tallos de hierba le oyeron, y empezaron a bajar en tropa una tras otra para ver si había dicho la verdad.



Rikki-tikki se acurrucó en la hierba y durmió donde estaba; durmió y durmió hasta bien entrada la tarde, porque había tenido un duro día de trabajo.

—Ahora —dijo cuando despertó—, volveré a la casa. Avisa al calderero, Darzee, y él dirá al jardín que Nagaina ha muerto.

El calderero es un pájaro que hace un ruido parecido al golpeteo de un pequeño martillo sobre una olla de cobre; y la razón por la que siempre lo está haciendo es porque es el pregonero de todos los jardines indios, y cuenta todas las noticias a todo el que quiera escuchar. Mientras Rikki-tikki subía por el sendero, oyó las notas de su "atención" como un pequeño gong de cena; y luego el

constante "¡Ding-dong-toc! ¡Nag ha muerto! ¡Nagaina ha muerto! ¡Ding-dong-toc!" Eso puso a cantar a todos los pájaros del jardín y a las ranas, pues Nag y Nagaina solían comer ranas además de pajarillos.

Cuando Rikki llegó a la casa, Teddy, la madre de Teddy (que aún estaba muy pálida, pues se había desmayado) y el padre de Teddy salieron y casi lloraron por él; y esa noche se comió todo lo que le dieron hasta que no pudo comer más, y se acostó en el hombro de Teddy, donde la madre de Teddy lo vio cuando vino a mirar a altas horas de la noche.

—Salvó nuestras vidas y la de Teddy —le dijo a su esposo—. Piensa que nos salvó la vida a todos.

Rikki-tikki se despertó de un salto, porque todas las mangostas tienen el sueño ligero.

—Oh, eres tú —dijo—. ¿Por qué te molestas? Todas las cobras están muertas; y si no lo estuvieran, yo estoy aquí.

Rikki-tikki tenía derecho a estar orgulloso de sí mismo; pero no se enorgulleció demasiado, y mantuvo aquel jardín como debe mantenerlo una mangosta, con dientes y saltos y brincos y mordiscos, hasta que ni una cobra se atrevió a asomar la cabeza entre sus muros.

Los cuentos nos ayudan a explorar culturas, aprender lecciones morales, conectar con la naturaleza — o simplemente divertirnos. Por eso ririrom.com ofrece más de 3.000 cuentos gratuitos — cuentos de hadas, fábulas, cuentos para dormir, mitos y mucho más — para todas las edades, en 13 idiomas, con PDF imprimibles gratis y a menudo audio. Leer debería ser un derecho, no un privilegio. Comparte ririrom.com y difunde la alegría de leer.

Instagram: [@ririrom_reading](https://www.instagram.com/ririrom_reading) · Pinterest: [pinterest.com/ririromcom](https://www.pinterest.com/ririromcom)